

# EL CONVENIO

Por **JUANITA TYSON-FLYN**

CARLOS y Daniel, los mellizos López, de nueve años, se sentaron junto a la mesa de estudio que tenían en su cuarto, con los libros de historia abiertos. Y allí se quedaron por casi quince minutos sin leer una sola frase. Estaban ceñudos y preocupados. Por fin Daniel cerro violentamente el libro que tenía abierto y comenzó a tamborilear con el lápiz.

-No se me ocurre nada que podamos hacer para ganar dinero.

-Sí -concordó su hermano-. Y si no tenemos dinero, es en balde.

El Sr. López pasó en ese momento y se detuvo junto a la puerta del cuarto de sus hijos.

-Muchachos, parecen dos derrotados. ¿Qué problema tienen?

-Es el equipo de béisbol de la escuela -explicó Daniel mientras él y Carlos se daban vuelta para mirar a su padre.

-En el equipo de nuestra escuela Daniel va a ser el pitcher [jugador que lanza la pelota] y yo el catcher [jugador que recibe la pelota]. El necesita un guante y yo un mitón -dijo lentamente Carlos frunciendo el entrecejo.

-¡Y eso cuesta dinero! -añadió Daniel.

-Hemos estado tratando de descubrir alguna forma de ganar dinero para comprarlos. Hemos pensado mucho pero no se nos ocurre nada.

Carlos parecía sentirse muy desdichado.

-Además -continuó Daniel-, para cuando ganemos el dinero ya habrá llegado el verano.

-Me parece que si tanto desean esas cosas debieran poder hacer algo para conseguirlas. Hay un refrán que dice:

"Querer es poder" -afirmó el padre.

-Pensamos en un reparto de diarios y llamamos por teléfono. Pero el único periódico que necesita un muchacho, reparte diarios todos los días. En época de invierno el sol se pone tan temprano el viernes que no podremos repartir los diarios antes del sábado de modo que eso lo descartamos. En esta época del año no hay mucho trabajo en los jardines.

Carlos parecía sentirse muy desanimado.

-Bueno -sonrió el Sr. López-, la Navidad no está muy lejos. Voy a hacer un trato con Uds. Si estudian fuerte y traen una buena tarjeta de calificaciones antes de la Navidad, quizás mamá y yo podamos ayudarles a resolver ese problema.

-¡Qué bueno! -exclamaron los muchachos-. Metámonos en los libros.

Y allí los dejó el padre enfrascados en sus libros de historia. Y desde esa noche hasta el último examen de Navidad, los muchachos pasaron casi todas las veladas en su cuarto, estudiando mucho.

El día en que entregaron las tarjetas de calificaciones en la escuela, los muchachos llegaron corriendo a la casa, agitándolas y gritando como indios.

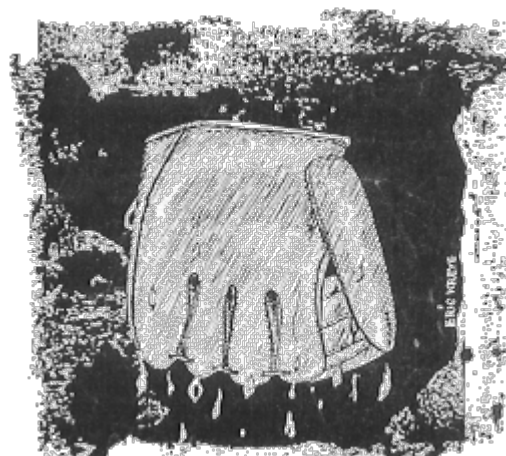
-Muy bien, muchachos. Nos sentimos realmente orgullosos de Uds. -dijo el padre mientras él y su esposa miraban el buen informe que sus hijos les habían llevado.

Esa noche Carlos y Daniel se sentaron al borde de sus camas haciendo como que ya tenían el guante y el mitón. Acariciaban el fino cuero graneado que ya poseían en su imaginación. Carlos hizo como que se ponía el mitón y Daniel como que atajaba la pelota.

- ¡Mira cuando los muchachos de la escuela vean este guante y este mitón! Casi no puedo esperar hasta que llegue Navidad.

-Yo tampoco -añadió Carlos.

Desde entonces cada vez que los padres volvían con algún paquete, ellos trataban de descubrir si



contenía sus codiciados tesoros.

-Espero que papá no se haya olvidado de esta última parte del trato -murmuró Daniel una noche. Los padres habían anunciado que ya habían terminado con sus compras de Navidad, y ninguno de los dos muchachos había visto ningún paquete que le hiciera acordar en lo más mínimo a un mitón o guante.

-No, no se va a olvidar -dijo con toda confianza Carlos-. Le pediré a papá que esta noche me lleve a la ciudad. Tengo que conseguir un regalo para abuelita. ¿Quieres venir con nosotros?

El papá tenía que asistir esa noche a la junta directiva de la iglesia, pero la mamá prometió llevar a Carlos a la ciudad y dejar de paso al papá en la iglesia.

-Creo que me quedaré en casa y trabajaré en mi modelo de submarino -respondió Daniel-. de todas maneras ya gasté todo el dinero.

De modo que Daniel se quedó trabajando en su modelo en la casa. De vez en cuando cuando le echaba una mirada al arbolito de Navidad y a los paquetes envueltos en papeles de colores brillantes que había al lado.

"¿Será que nos habrán conseguido el mitón y el guante?" musitó. Juego sintiendo sed se dirigió a la cocina.

"Para Navidad hay que usar las copas rojas" pensó, y acercando una silla se trepó al mesón de la cocina. Parándose encima cuidadosamente estiró la mano para sacar una copa del estante más alto. Allí, detrás de las copas había dos cajas con sendas inscripciones; MITON y GUANTE. El corazón le dio un vuelco. "¡Oh!" exclamó. Corrió las copas y sacó cuidadosamente una de las cajas del estante. Quitó la cinta que la sellaba y levantó la tapa. Allí estaba... ¡el guante!

En ese momento sonó el teléfono. Se sobresaltó y casi perdió el equilibrio. Se bajó del mesón y colocó el guante al borde de la pileta.

Cuando volvió, notó que el guante no estaba donde lo había dejado. Se acercó apresuradamente y allí lo vio.

No sobre el mesón sino dentro de la pileta. ¡Y en la pileta había repasadores en agua de cloro!

Daniel gimió y levantó el guante cautelosamente del agua. Estaba como enlodado. El sabía muy bien el efecto que el agua tenía sobre el cuero fino. Y el agua de cloro sería mucho peor.

Trató de secarlo con una toalla. Las lágrimas estaban a punto de saltársele. Se sintió angustiado. En eso oyó que el automóvil se detenía en el camino de entrada. Carlos irrumpió en la cocina. Al ver a su hermano con el guante manchado se quedó con la boca abierta. En eso entraron sus padres quienes se detuvieron detrás de Carlos. Por unos instantes nadie dijo una sola palabra. Entonces Daniel no aguantó más. Las lágrimas le rodaron por las mejillas y cayeron sobre el guante.

-Lo siento -fue lo único que atinó a decir.

-Bueno, hijo -dijo finalmente el padre-, nosotros cumplimos el trato que hicimos. Es tu guante. Espero que puedas usarlo.

Daniel se dio cuenta de que el guante no se vería como nuevo para el juego de pelota, pero esa experiencia le enseñó una lección que no olvidaría jamás.